

# EL DESAYUNO

PEDRO FERNANDEZ COCERO

*«El ritmo es la metáfora original  
y contiene a todas las otras»  
Octavio Paz*

SERGIO advirtió que había extraviado su revólver. Los árboles gigantes le cerraban ya el paso por todas partes y se dejaba oír, confuso, un rumor de agua. De repente, la pierna derecha se le paralizó por completo. «¡Una cobra! —pensó—. ¡Me ha mordido una cobra!» Deseó gritar, lleno de espanto, y la lengua se le pegó por entero a los dientes. Comenzó a jadear, caído al pie de un tronco, mientras la luz de la luna, metiéndose por entre las altas ramas, le caía directamente sobre los párpados. Presintió al hechicero, persiguiéndole ya desde muy cerca. Crecía el rumor del agua, crecía el resplandor de la luna. Una carretera, recta, infinita, una delgadísima carretera que por lo menos llegaba hasta Nueva York, atravesaba la selva de parte a parte. Por ella, muy despacio, avanzaba el hechicero. Sergio intentó despegarse la lengua de entre los dientes. El hechicero llevaba el rostro pintarrajeado, y esgrimía una lanza, y se alumbraba con una linterna más potente que la misma luna. Sergio no consiguió despegar a su lengua. «¡Eso de haber perdido mi revólver!», pensó. El hechicero iba vestido con una sotana de marista. Sergio se echó a temblar. Sergio había cumplido de repente cien años, y la pierna se le hinchaba de un modo horrible desde que era pequeño, a causa de aquella cobra. Por añadidura, alguien había clavado en un cercano tronco un gran trozo de papel todo lleno de signos. «¿Qué pone ahí?», se preguntó. E inmediatamente pudo advertir que se trataba de la tabla entera de multiplicar. El hechicero ahora casi no venía nada, de tantísimos kilómetros de mundo como tenía que avanzar desde el extremo de la carretera. La tabla de multiplicar ondeaba con la brisa. Sergio se apoyó un poco más en los codos e inopinadamente despertó.

La luz tristonera de la mañana se filtraba por entre las cortinas y le bañaba el rostro y una franja de la cama. Del cuarto de baño venía un rumor de agua. «papá se está lavando los dientes postizos, el pasacuezo y detrás de las orejas», se dijo. La pierna derecha habíasele quedado sin circulación, a causa de una inconviniente postura, y se la frotó recio por sobre la tela del pijama; en casos así le parecía siempre que una muchedumbre de hormigas se perseguía locamente por el interior de los huesos.

Se instaló panza arriba, con voluptuosidad, e intentó por todos los medios proseguir con la historia del hechicero. Apretó los párpados. Ahora era preciso que las cosas ocurriesen de otro modo.

Deseó, incluso, agujerear con tres o cuatro balazos la sotana del marista, y hacerlo retroceder

por la larguísima carretera hasta un pueblo nombrado Calcuta. Para ello se vio forzado a admitir que no había perdido su revólver. Desde alguna parte alta de la mañana empezaron a llegar, lentas, unas cuantas campanadas. «Una, dos, tres... —contó—. Las nueve en la torre de los Jesuitas». Se rascó un ojo. «Yo voy a los Maristas», puntualizó. En ese momento colocó una metralleta detrás del tronco, para el caso eventual de que el revólver se encasquillase. La cobra, un insignificante animalucho, yacía a pocos centímetros con la repugnante cabeza aplastada merced a un buen taconazo de bota. Desde el cercano comedor se inició una serie de delgados tintineos de cacharros, una cadencia de palabras comedidas y monótonas. «Papá y mamá ya se están desayunando.» Apretó un poco más los párpados, desnudó completamente a Alicia, la niña rubia del entresuelo, y la amarró con una soga a un buen tronco. «Yo tenía que liberarla.» Empezaba a irritarle la voz campanuda de su padre, desde el comedor. «Nunca podrá matar a una cobra. Todos los días tiene que desayunarse bien de cosas.» Descubrió que Alicia tenía un antojo junto al ombligo. «Como yo», y se palpó la carne tibia. Alicia estaba allí, a 1.000 kilómetros de Calcuta, toda asustada, toda en cueros, y... Rápidamente Sergio abrió un ojo: el Ángel de la Guarda lo espiaba severamente desde la pared. Abrió el otro ojo, cerrando el primero: la luz de la mañana caía sobre el marco del cuadro y ascendía por las dos abiertas alas rosadas del ángel. Se puso a disimular, mirando para el techo.

«No valla nada de lo que iba a inventar —murmuró, entre dientes, a fin de que el ángel tuviese ocasión de escucharlo—. Y además era para liberarla.»

Un instante después se le coló de rondón en el oído, toda entera, toda redonda, una palabra de aspecto especial: «MonOgrafía». La voz de su padre, acompañada de algún sonar de loza, se hacía más hueca y enfática en los pasajes más cultos de la conversación.

\*\*\*\*\*

—¿Entonces? —preguntó Paula, acopiando solicitud.

Con el sonido de su pregunta se vio a sí misma desde afuera, como si le hubiese sido dado espiarse a través de un agujero disimulado en la pared. Advirtió, incluso, el bulto que hacía su propio cabello, recogido de prisa sobre la nuca. «Una mujer cortés y resignada», se dijo. Guillermo, antes de contestar, extendió metódicamente una capa de mantequilla sobre un bollo en forma de corazón. «Y sin embargo, aún lo quiero algo. Tal vez lo quiero por una simple cuestión de inercia.» Contem-





pló por un momento las migajas de hojaldre que él tenía pegadas en las comisuras de los labios. Y, de súbito, empezó a acordarse de aquella divertida encuesta que ella y sus amigas desarrollaron una tarde de domingo acerca del marido ideal. «Era en casa de Elena, cuando un chaparrón en la calle, yo tenía..., usaban en las ventanas unas horribles cortinas de cretona. Veinte años... Hace por tanto...»

—Tú sabes que mi quehacer de investigador —Guillermo hablaba con la boca llena— se ha movido continuamente a través de muy diversos campos.

Ella levantó un poco más la taza y escondió su expresión dentro de un sorbo de café. «¿O ya no lo quiero nada?» Según los días, el desayuno adquiría sabor de polvoriento infolio, o de colección de duros minerales con letreros, o de sociologías textuales y compactas. Miró rectamente para su marido: tenía el mismo aire de todas las veces, desde que se habían casado. Pero este aire, sin perderse nunca, por alguna razón se hacía siempre más patente en el acto del desayuno.

—Me siento dotado para acometer cualquier tipo de monografía —retiró la huevera y tomó con el extremo de los dedos una guinda confitada. Seguidamente tomó otras dos.

A las nueve y cuarto de cada jornada ella veía la luz nueva del día aplastada contra el cuello y los puños de su blanca camisa recién puesta, la luz nueva del día resbalando sobre sus gafas, refrotadas siempre al salir por la puerta del cuarto de baño. «Un aire de cultura de Diputación provincial», se había dicho a veces. «¿Y para qué ese borde de pañuelo en el bolsillo del corazón?»

—¿Entonces...? —preguntó nuevamente, un po-

co por inercia, otro poco por buenas maneras.

—La dotación en metálico es ya segura. Lo único que se me exige es un tema de interés comarcal.

El café estaba muy caliente, y él hizo un poco de ruido con un sorbo. Ella, mirándole, hizo también otro poco de glú-glú de café, sin darse cuenta. Y se acordó de las cretonas que usaban en casa de Elena, pobrecillos, con su gusto ramplón y su señoritismo pacato. «Yo dije entonces: inteligente, desde luego. Pero, sobre todo, que esté muy vivo.» De repente se notó invadida por un sentimiento triste y utuoso.

—Así que ahora me encuentro pleno de incitaciones intelectuales —Guillermo se retrepó en la silla, y el dedo pulgar le sobresalía del asa de la taza, enhiesto, como apuntando al techo.

En ese instante se dejó oír desde la calle el estridente pregón del vendedor de churros. Paula se representó al muchacho, con su cesta al brazo y su mandil...

—Quizá me decidiré por una cuestión de numismática... —esperó un poco, para solazarse y crecerse con el interés de ella.

«¿Numismática, dice? Jurásico-palimpsesto-separata-casiterita-sicioeconómico-pragmática-fetosin...», se recitó por adentro, de carrerilla. Paula se sabía, de memoria del oído, una letanía de palabras como planchadas pertenecientes al uso ordinario de su marido. Y esos vocablos se le emparentaban caprichosamente entre sí en el interior de alguna celdilla de su cerebro, sin pulso, sin sentido ni perfil. «Por las mañanas he de recogerme el pelo de otra manera —se propuso, de pronto—. Es por las horquillas, que me molestan.»



# EL DESAYUNO

—Hay aún arduos problemas sin resolver en las acuñaciones de los íberos —habló él, después de esperar en vano la adhesión de ella.

\*\*\*\*\*

Se puso a pensar, durante unos momentos. «¡Monografía!», se repitió, extrañado. «Debe de ser alguna enfermedad de los monos.» Una vez había visto una jaula con tres. «Esos animales sí que son sinvergüenzas», había dicho Jacinto, ese chico medio mayor. El churrero lanzaba en ese momento por las otras calles su viejo pregón. La voz llegaba empujada por dos esquinas. Sergio deseó en ese momento comer churros mojados en chocolate. Pero su madre, invariable en ese aspecto, le obligaba siempre a dormir hasta las nueve y media. El se había acostumbrado a disponer cada día de casi media hora secreta para su propia vida privada. Anheló que su madre viniese a hacerlo levantar: en primer término por lo de los churros; pero a la vez codiciaba ser acariciado nuevamente por ella. Se la imaginó ahí, en la otra habitación, con ese peinado de bulto que se ponía por las mañanas. «Como la japonesa de aquel calendario.» «A lo mejor mamá también se compró una sombrilla cuando no estaba casada.» De los claros ojos y las manos olorosas de su madre le venía siempre así esa cosa como cuando las calles están recién regadas y no tenemos que pensar en ir a clase, y las palabras y los ruidos suenan todos tan fáciles, tan suaves. Le apeteció besarla y consultarle un par de cuestiones... «Sabe inventar juegos, sabe inventar conversaciones», se dijo. El churrero empezó entonces a vociferar casi mismo en el balcón. «¡Rerooo...!», parecía como si una punta de churro subiera por las paredes, traspasase el techo, y se perdiera luego en el cielo húmedo de la ciudad. Transcurrieron después unos instantes en una calma perfecta, y un segundo más tarde su padre, con voz completamente hueca, dijo una palabra sorprendente: «Numismática».

Encontró que eso no se relacionaba en absoluto con ninguna forma viviente del mundo. Habría que preguntar a mamá. «Aunque, a lo mejor, es lo que va después de las Matemáticas.» En la clase primaria se alimentaba siempre una opinión respetuosa y distante por ellas. Pero él se andaba en multiplicar, en el seis. «Yo voy a los Maristas», se corroboró una vez más a sí mismo. La «Nueva Matemática» era un libro misterioso que el terror sagrado del marista, según podía saberse, había sepultado en el ángulo de su escritorio. «Numismática», el sonido se le había quedado flotando por dentro de la oreja. Pensó en la inconmensurable distancia que lo separaba de su padre, y durante unos segundos se quedó pasmado, con la boca abierta. Luego se puso a hurgarse dentro de la nariz. «También papá se anda en los mocos cuando está solo. Lo he visto completamente bien por la rendija de la puerta.»

\*\*\*\*\*

—Pues claro que habrá. Interesante, ¿no es cierto?

El no contestó; se veía bien a las claras que se había puesto a reflexionar acerca de aquellos arduos problemas. Estaba abismado sobre el cacharro de la mermelada. Ella bebía decorosamente su café, su comienzo de mañana, su resignación untada de tiempo y de ideal que no existe. «... Además de que me hace mucho bulto este moño.» Con la mano izquierda se hundió un poco más una horquilla. «El día, verdaderamente, no empieza mientras él no se marcha.» Se puso colorada, con esta involuntaria certidumbre que se había colado de rondón en su consciencia. Y tomó rápidamente una de esas guindas insorportables. La tomó sólo porque a él le gustaban. «¿Numismática, numismática...?», se esforzaba en pensar, mientras tragaba el abominable alibar de la confitería de la esquina.

—Sobre todo por lo que se refiere a la interpretación de primitivos alfabetos y a la epigrafía —dijo él, esgrimiendo la cucharilla pringosa.

—¡Claro, desde luego! —habló Paula, con calor, casi con convicción. Y quería ser la esposa más adicta del orbe, y defenderse del tiempo y de las candorosas encuestas que se hacen un día lejano. Apuró su café, se palpó ese moño que hoy le molestaba todo lo indecible, y a la vez miró para la chapa bruñida de la cafetera. «¡Ah, ya! son esos redondeles que ni siquiera son redondos. Tan feos. De cobre, o tal vez de bronce. Tienen una esfinge o cosas así. Y letras raras. Dejan sucios los dedos.» Se sujetó otra vez la horquilla. «Siempre cosas muertas», se dijo. Y su tristeza untuosa se trocó al punto en un enjambre de calladas desesperaciones.

\*\*\*\*\*

Miró un poco para el techo, donde la rotura de la escayola semejaba una cara. «Numismática», se repitió. Había crecido la luz de la mañana. «Es marzo, me parece», pensaba. Tintineo de cacharros en el comedor. Se tapó la cabeza con las mantas para inventar que estaba aislado en la gruta y que su madre habría de llegar de un momento a otro a sacarlo de allí. Pero bajo la ropa hacía mucho calor, y se destapó seguidamente. En ese momento su padre estaba pronunciando con exquisito cuidado: «ALfAbEtos», «EPIgrafía». En cuanto a la primera palabra no cabía alimentar la menor duda, y Sergio se extrañó de que su padre, que se sabía ya de memoria tantos libros, anduviese todavía tan atraído en eso. «EPI...», se dijo luego. Pero sólo consiguió acordarse de un chico que se llamaba EPIfanio y que no iba a los Maristas. A lo mejor no iba a ningún sitio, ya que se llamaba de esa manera tan rara. «Mi padre se llama Guillermo», puntualizó. ¿Quién iba a decirlo? Su padre, que de tan listo como era no le hacía nunca el menor caso ni servía para inventar casi nada, tenía que ponerse esta mañana a estudiarse el alfabeto. «A lo mejor es que se le ha olvidado», reflexionó. «Por comer tantas cosas de la confitería.»

Levantó una pierna todo lo que pudo. Así, la



colcha semejaba una montaña de impresionante declive. «Un día —empezó a recordar— papá se cansó muchísimo de subir una cuesta. ¡Siempre me aburro más con él!» Por el lado izquierdo de la montaña había quedado dos pliegues de manta, y hacía sumamente bonito porque eran dos barrancos. «Numismá», canturreó. Empezó a mover el dedo pulgar dentro de la cumbre. «Y casi no era nada de alta cuando llegamos arriba —recordó con exactitud—. Se le salió la saliva por la boca.» Sin bajar la pierna se entretuvo unos segundos en romper mentalmente otro trozo de la escayola del techo a fin de lograr para esa cara un cuerpo y unos brazos.

ostentosamente, la arrojó sobre el mantel. Se miraron. Durante unos segundos ella creyó ver en los ojos de él como un comienzo de sorpresa, o de pregunta, o de regaño. Paula deseó vivamente que ocurriese cualquier cosa. Él se puso en pie, y todo siguió igual, sobre los cuadros azules de las servilletas, sobre la relamida cultura oficial de la nación, sobre el apacible y mortecino conllevase de ocho años. Todas las pautas morales de su época siguieron el curso de cada mañana.

Lo fue acompañando por el pasillo. «Tendría que crear verdaderamente alguna cosa. Tendría que enfurecerse, o buscar el nombre verdadero de las cosas, o desenmascarar a esta ciudad...!» Se iba clavando las uñas en el hueco de la mano. Él había tomado ya su gran cartera. Y su aire de becario local con etiqueta, su aire decoroso de hombre que lleva puestos algodones en las orejas para poder interceptar todos los ruidos de la vida.

Ella le ayudó a ponerse la gabardina. Se rozaron con los labios en el rostro, igual que siempre, en la penumbra del vestíbulo. Luego él avanzó un paso y tomó el pestillo.

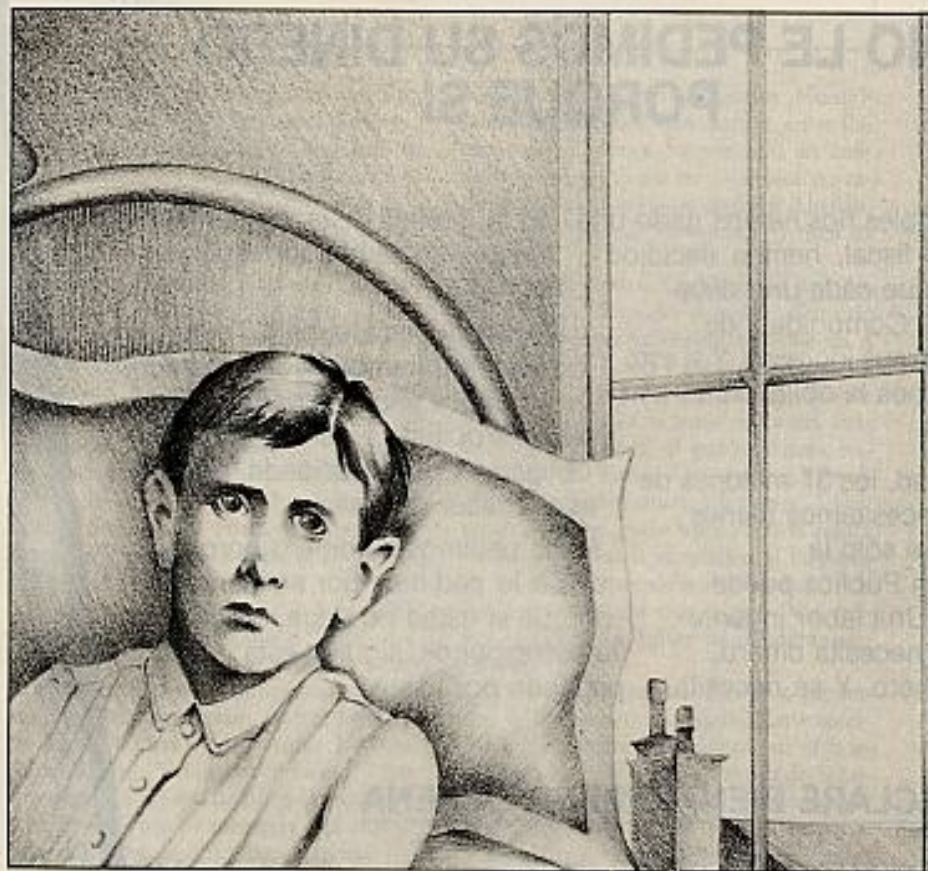
—¡Escucha! —dijo ella.

—¿Qué— él se volvió, pausadamente. En el cristal izquierdo de los lentes se agarraba algún reflejo.

«¿Por qué no sucede algo?; ¿por qué nunca he sabido lo que es una risa o un camino, un acto de valor o de libertad?», se urgió ella. Y se estremeció, involuntariamente.

—No, nada.

—Hasta luego, Paula.



Resultaba difícil. Mejor era pensar que asomaba sólo el rostro. Podía ser el de un prisionero. Bajó la pierna. En ese momento oyó cómo se cerraba la puerta de la escalera. Se representó a su padre bajando los peldaños con una cartera-maletín, importantísima. Y con el hombro derecho más empujado que el izquierdo. No cabía duda: su padre estaba bajando la escalera. Con todas sus fuerzas dio sobre la cama tres grandes botes, estremecido de alegría.

Guillermo comenzó a limpiarse meticulosamente los labios; sus estrechos labios, rectos y un poco exangües. Paula lo estaba observando a su pesar, y se notó erizada por una irracional aversión. Él empleaba tan solo una punta exigua de la servilleta plegada. Paula tomó la suya, la manchó en el centro tanto como le fue posible y, huecamente,

—Adiós.

Contempló la nuca de su marido, y la costura de la gabardina, en la espalda. Lo vio descender los peldaños. ¡Esa inconsciente y afectada tiesura del menguado hombro derecho, afianzada en cada escalón, mañana tras mañana, un año y otro...! «Debería acostarme alguna vez con otro hombre», se encrespó una voz en ella, en los oscuros rincones sediciosos de su sangre. E inmediatamente se horrorizó de sí. Y a toda prisa, antes de que él desapareciese por entero en el rellano, como temiendo el hecho de que su deber de esposa no pudiese Guillermo llevárselo prendido en la espalda de la gabardina, se murmuró en su adentro, como una denodada jaculatoria: «¡Tienes mi cariño!» Luego se quedó mirando tristemente a la vacía escalera.

P.F.C. ■ (Lustraciones de Fuencisla del Amo)